

Y cuando los cipayos se acercaron, dispararon sobre ellos los trabucos con tal acierto que mordieron el polvo echo de aquellos mercenarios libres.

Los valientes de la gloriosa se pusieron en fuga; los vencedores cargaron los trabucos y se lanzaron sobre aquéllos. Salvador corrió más que todos y dió alcance á los rezagados. ¡Daos, negros! les dijo apuntádoles con el trabuco; aquella boca del infierno les hizo temblar de espanto y se entregaron sin condiciones.

Eran siete los prisioneros.

Salvador los entregó al jefe de la partida, y continuó persiguiendo á los demás.

Dos de los fugitivos corrieron á refugiarse á un molino cercano. Desde la puerta le hicieron dos disparos; el áspero silbido de las balas hizo que se contrajera el rostro del jóven, rojo de cólera. Tomó el trabuco, apuntó un instante, y tiró; un gemido ronco y una blasfemia sin nombre se oyeron á la par que la defonación. Había dado en el blanco. Las balas habían destrozado la puerta que servía de parapeto á los fugitivos, y los cadáveres de éstos estaban en el lado de dentro. Salvador aspiró con placer el oxígeno saturado de azufre, y se alejó de aquel sitio sin articular una palabra.

Pocos días después nuestro héroe se hallaba descansando en un mesón. El dueño de éste, que había sido miliciano, le denunció á una columna enemiga.

Para prenderle mandaron catorce números. Salvador comprendió algo; cargó su trabuco con una treintena de balas, y se sentó en el zaguán del meson, esperándolos muy tranquilo.

Pasaron dos minutos, y se sintió un leve ruido como el que producen muchos hombres cuando andan con cautela; eran ellos.

—¡Atrás, negros! dijo Salvador con una voz como el trueno de su trabuco.

Los invasores retrocedieron instintivamente.

—¡Adelante! grita uno, y al mismo tiempo el héroe disparó su arma, que barrió la mitad de ellos. Los restantes huyeron, y el campo quedó por el voluntario de la buena causa.

Un día, ocho fueron atacados por trescientos hombres; la fuga era imposible, y resolvieron luchar hasta morir.

Salvador se había parapetado tras unas piedras. Cargaba y descargaba su arma con celeridad prodigiosa. Se le acercaron unos cuantos; la cólera le cegaba, y todo lo veía á través de un horizonte de sangre. Ebrio de coraje saltó sobre las piedras que le servían de trinchera, é hizo fuego por centésima vez.

Cayeron algunos; pero una bala vino á clavarse en su pecho y le derribó también.

—¡Dios mío! murmuró al caer moribundo, cubriendo el trabuco con su cuerpo.

La soldadesca corrió al verle caer, é iba á cebar su cobarde saña en su cadáver, cuando apareció más fuerza carlista, que les obligó á dejar el campo.

Los vencedores llevaron en una camilla al desgraciado Salvador, que creían muerto; tenía el trabuco tan asido, que fué imposible arrancárselo.

Poco después volvió en sí con gran alegría de todos.

La herida no era muy grave, y á las dos semanas, convaleciente aún, pudo volver á campaña.

Días después pasó á las provincias, y en Somorrostro, Lácar, Abárzuza, San Pedro Abanto, etc., abrió grandes ralos en las huestes liberales. Sus disparos dejaban un arroyo de sangre donde quiera. El castellano del trabuco era conocido de todo el ejército.

La modestia no le había permitido aceptar otro grado que el de cabo primero, porque la estrella de oficial, decía él, le separaría de su trabuco.

Un día en el campo carlista se oyeron estas pala-

bras: «estamos vendidos», que al correr de boca en boca, iban matando todos los entusiasmos.

Salvador acarició su trabuco con rabioso frenesí y cruzó el campo como un loco. La obra de Judas se llevó á cabo por unos cuantos miserables, y aquel ejército que había admirado al mundo y estremecido á los corifeos de todas las revoluciones, pasó la frontera con la rabia en el alma y la desesperación en el corazón.

Salvador no quiso entregar su arma á los gendarmes: pensó romperla; pero en la esperanza de que aún podría servirle, la escondió en el tronco de un árbol.

Los turbiones del Pirineo oxidaron nuevamente el cañón del trabuco. Las nieves del invierno llenaron su tremenda boca.

Y no pocas veces los zuecos de un pastor le cubrieron, llenándole de lodo.

Allí se pudriría olvidada de todos aquella arma harta de sangre. La madera la roerían los gusanos, y el cañón, aquel cañón que había vomitado rayos de muerte, también se volvería polvo, miserable montón de orin.

Pero no fué así; Salvador no se olvidaba de su querido trabuco, y al ser indultado lo recogió del tronco y se lo llevó consigo.

Bien guardado, pero con bastantes manchas de sangre, espera el día en que pueda volver á tronar en manos del valiente Salvador.

El jóven cree que no tardará en demostrar al mundo que su trabuco tiene el estómago en buen estado y dispuesto á recibir plomo, para repartirlo como en la guerra pasada.

PABLO MARÍN Y ALONSO.

VALDEPEÑAS: IMP. EL PROGRESO INDUSTRIAL, Escuelas, 8.

SECCION DE ANUNCIOS.

LOS BAÑOS DEL PERAL

Este magnífico establecimiento, tan recomendado por la eficacia prodigiosa de sus aguas, como por la amenidad del sitio en que se halla y que ofrece seguras y considerables utilidades á su propietario, SE VENDE juntamente con los terrenos anejos, la venta y todos los útiles correspondientes á dichos baños. Dirigirse á D. Nicolás Calvo, Valdepeñas.

PAÑERÍA

—DE—

Juan Vicente Gascón

ESCUELAS, 2, VALDEPEÑAS.

Gran surtido en cuantos artículos componen este ramo.

Novedades para caballeros y niños.

Especialidad en paños bastos y mantas de labor.

Capas hechas, y buen surtido en embozos.

2, ESCUELAS, 2, (Junto á la Droguería.)



PARA REGALOS

hay relojes de señora, de oro con figuras de esmalte en las tapas primorosamente hechas; de acero muy pequeñitos con esfera fantasía, y cadenas última novedad para los mismos.

De caballero los encontrarán de oro á diferentes precios; de acero con incrustaciones de oro en todas las tapas, con calendario y fases de luna; en plata y níquel, desde los más baratos á los de máquinas de inmejorable construcción.

Completo surtido en despertadores, relojes de pared y sobremesa; cadenas, anillas, mosquetones, llaves, etc., etc.

RELOJERÍA

de Tomás García Catalán

CALLE REAL, NÚM. 8, VALDEPEÑAS.

BÁLSAMO BROWNE

Eficacísimo y singular remedio. comprobado por la observación y experiencia de infinidad de distinguidos profesores, para la curación pronta y segura de toda clase de úlceras, por inveteradas que sean, heridas por armas de fuego y demás causas traumáticas, quemaduras, grietas, fisuras, sabañones ulcerados, para las herpéticas, etc., etc., para los dolores reumáticos y neurálgicos, irritaciones á la garganta, orina, hígado, tumores fríos, postemas, escrófulas, golondrinos, lobanillos, uñeros, erupciones sin dejar berrugas,

callos recalentados y otra porción de enfermedades, tanto externas como internas.

Cuéntanse por millares las curaciones obtenidas con este precioso medicamento, llamado á prestar grandes servicios á la humanidad paciente.

No debe faltar en ninguna casa un bote ó caja por lo menos como medida preventiva. Su coste es CATORCE REALES cada bote y CINCO cada caja; llevando DOCE, se hace un descuento del DIEZ POR CIENTO; el pago se acompañará al pedido, siendo para provincias de cuenta del que lo haga el importe de remisión.

Pueden dirigirse con los pedidos, á la CALLE DE LOS ESTUDIOS, 17, PRAL. IZQUIERDA.—MADRID.

VENTA

de una mesa de billar con todos sus accesorios, en buen uso, chapada de palo santo; su tamaño juego de partido. Para más detalles dirigirse á José María Olmedo (Cacharrero) Manzanares.

SE VENDE

una máquina de vapor, fuerza de medio caballo, para el uso de rifa de objetos ú otros trabajos que se le quieran agregar; su precio muy económico. Dirigirse á José María Olmedo, (Cacharrero) Manzanares.